

El dolor de la acción etnográfica: dejarse la piel al pasar “entre las cuerdas”

The pain of ethnographic action: skinning to go between the ropes

Mariano Urraco Solanilla

**Área de Sociología. Dpto. Dirección de Empresas y Sociología. Universidad de Extremadura,
marianous@unex.es**

Historia editorial

Recibido: 22/07/2012
Aceptado: 16/09/2013

Palabras clave

Trabajo de campo
Deporte
Wacquant
Cuerpo

Resumen

En este artículo pretendo realizar una reflexión metodológica sobre la importancia de desarrollar un conocimiento práctico (“incorporado”) en el trabajo de campo de sociólogos, antropólogos, y demás investigadores de la realidad social. Se entronca esta reflexión con diversos planteamientos que insisten sobre el valor del cuerpo como objeto y sujeto de conocimiento. Para ello, pongo en contacto distintos autores y enfoques teóricos, tomando como excusa la obra de Wacquant (“Entre las cuerdas”), que parece haber pasado, por el momento, desapercibida para los académicos hispanohablantes, pese a la riqueza de sus aportaciones tanto en el plano metodológico como en el más puramente “etnográfico”. En la incursión por el mundo del deporte como arena privilegiada para llevar a cabo este tipo de análisis, me centraré en las nociones de tiempo, sacrificio y disciplina, aplicables tanto a boxeadores como a cualquier otro tipo de deportista (como, obviamente, también a los propios investigadores).

Abstract

Keywords

Fieldwork
Sport
Wacquant
Body

In this article I try to make a methodological reflection on the importance to develop a practical knowledge (“embodiment”) in the fieldwork of sociologists, anthropologists and other researchers of social reality. This reflection is connected with different approaches that insist on the body's value as object and subject of knowledge. To do this, I put various authors and theoretical approaches in touch, using as excuse the Wacquant's work (“Body and Soul: Ethnographic Notebooks of An Apprentice-Boxer”), which seems to have passed, at the moment, unnoticed for spanish-speaking academicians, despite the wealth of its efforts both in the methodological level as in the more purely ‘ethnographic’. In the incursion into the world of sport as a privileged arena for carrying out this type of analysis, I will focus on the notions of time, sacrifice and discipline, applicable both boxers as any other type of athlete (and obviously also to the researchers).

En tertulias deportivas de mayor o menor calado y profundidad analítica, la voz engolada (cuando no deliberadamente embebida de fanatismo) de los participantes recurre a diversos clichés, según la ocasión. Uno de los más modernos es el que hace referencia a los denominados “automatismos”, que se darían entre diversos componentes de un mismo equipo, de tal suerte que todo el colectivo funcionase como una única unidad competitiva (“perfectamente engrasada”, suele añadirse). Este principio, sueño último de los entrenadores (siguen diciendo los tertulianos), supondría una evolución con respecto a las anteriores “conexiones” entre dos o más jugadores, paso previo de un proceso de progresiva racionalización del comportamiento de los miembros de un mismo equipo, en ese camino hacia la perfección del combinado perfecto, inasequible a la arbitrariedad del error individual, ajeno, igualmente,

al recurso anárquico al “genio”, tan pernicioso, a la larga, para un equipo (en el debate tradicional entre “defensas” y “ataques”, parece haber quedado establecida la máxima de que “un buen ataque gana partidos, pero una buena defensa gana campeonatos”). Ese desarrollo de un devenir automático (o autómatas) de un conjunto de individuos, que el propio George Ritzer (1993/1996) ha identificado en su lista de anatemas de la racionalización weberiana, no deja de ser una traslación al colectivo de individuos de determinados aspectos que Loïc Wacquant (2000/2004) enfatiza, en un plano que se supone estrictamente personal, en su camino iniciático (y aun trascendental) por el mundo del Woodlawn, por el mundo maussianamente práctico del boxeo. En su “novela” (el propio Wacquant critica que el resultado de su etnografía acabe registrándose como un mero relato basado en hechos reales), el inexperto púgil francés aborda una serie de puntos que nos resultan de interés en el desarrollo de una reflexión al tiempo sobre metodología y sobre el individuo investigador, o sobre el cuerpo del investigador como herramienta de conocimiento. Nosotros nos centraremos fundamentalmente en uno: el desarrollo del cuerpo, de un tipo concreto de cuerpo, y, en el sentido inverso, la incorporación de un *saber físico*, la construcción de una actividad no exclusivamente física (por más que su apariencia así pudiera sugerirle al espectador neófito) a partir de la generación de “automatismos” que canalicen el conocimiento sobre las reglas y los valores de un deporte concreto, superando la dicotomía clásica entre lo teórico y lo práctico, o el cuerpo y el alma, en una suerte de praxis de *conocimiento incorporado*. Conocimiento que resulta esencialmente práctico y que exige, para alcanzarlo en un grado “suficiente”, la adopción de una ética vital concreta, caracterizada por la renuncia, por el *sacrificio*¹. El programa de Wacquant es claro desde el primer momento: “...no puede hacerse ciencia de este “arte social” si se rehúye la iniciación práctica, en tiempo y situaciones reales. Comprender el universo pugilístico exige la implicación personal, el aprendizaje y la experiencia” (Wacquant, 2000/2004, p. 66). Este planteamiento de base no es más que la “aplicación” del principio de Mauss (glosado en la frase “aprendemos con el cuerpo”), al que después nos referiremos en detalle, que también estaría presente en los postulados sobre el *saber incorporado* planteados por Paul Connerton (1989), entre otros (el enfoque de Connerton fue empleado por Solveig Joks, 2001/2006, en un interesante estudio antropológico, por citar tan solo un ejemplo). Se podría, igualmente, establecer una discusión a partir de las ideas de Nancy Scheper-Hughes y Margaret Lock (1987), y del debate entre estos autores y Mary Douglas (1970/1978), sobre los “distintos cuerpos” o sobre la noción, más amplia, de *embodiment*, tal y como se recoge en el libro de Honorio Velasco (2007), libro sobre el que realizaremos una lectura paralela, de apoyo, a lo largo de nuestro trabajo.

En el plano puramente personal (lo autobiográfico como motivo de investigación), anima esta reflexión que aquí presentamos (y que, en modo alguno, pretendemos cerrada, sino, más bien, generadora de nuevas reflexiones, ejercicio de compartir experiencias —inevitablemente corporales y corporalizadas— de investigación a partir de la práctica deportiva y de la reflexión sobre la misma) la necesidad de dotar de una interpretación heurística al propio trabajo de campo desarrollado durante los años en que, con más ilusión que técnica, con más preguntas que respuestas, participé en un equipo de fútbol/proyecto de investigación (no sé qué fue primero ni qué acabo siendo al final para mí) sobre el valor del deporte como (posible) herramienta de integración social, experiencia de la que puede obtenerse un conocimiento más detallado (en cuanto a metodología y en cuanto a resultados) a partir de la lectura de mi siempre inconcluso trabajo previo (Urraco, 2009). Sin duda, mi experiencia (y, también, mi trabajo como investigador, seamos sinceros desde el principio) sólo puede mostrar una profunda “envidia” por la investigación de Wacquant, que ahora se nos manifiesta como un faro para guiarnos si, alguna vez,

¹ Numerosas son las referencias que incluye Wacquant sobre este punto, al que nos dedicaremos más adelante también. En la profusión de expresiones, el autor francés habla de “negación y vida espartana”, o de “régimen eremita”, o enfatiza, resumiendo, que “la vida reglamentada del boxeador es austera y aburrida” (todas las citas son extraídas de la página 144, bajo el epígrafe del libro llamado, precisamente, “Sacrificio”, que se extiende entre las páginas 139 y 150 de esta edición que manejamos —Alianza, Wacquant, 2000/2004).

pretendemos volver la vista atrás (o adelante, quién sabe) y retomar aquellos senderos etnográficos que una oportuna mudanza geográfica por motivos laborales me llevaron a abandonar. Caminemos, no obstante, sobre los pasos de Wacquant, sobre los mucho más modestos de Urraco, y sobre los de todos aquellos investigadores que, en algún momento, se han calzado unos guantes, unas botas, o han esgrimido con destreza desigual un taco de billar o una raqueta, han recibido golpes (el dolor de la acción etnográfica no necesariamente es un asunto metafórico) o los han infligido (la ética deportiva —¿y metodológica?— nos ampare: “lo que pasa en el *campo*, se queda en el *campo*”). De sus prácticas podemos extraer enseñanzas extrapolables para el análisis de otros ámbitos de la vida social. De la observación (y del relato) de otro, siempre, se puede extraer valioso “cómo hacerlo” (“inténtelo usted mismo”) para futuras investigaciones. Ese es mi propósito aquí y ahora, esa es mi “promesa”, por decirlo en románticos términos sociológicos (Wright Mills, 1959/1999).

Pasar entre las cuerdas: una etnografía accidental. Aspectos metodológicos

Como el propio Wacquant reconoce en el prólogo de su libro, la suya no es una obra deliberadamente perseguida. Sería lo que Jeffrey Riemer (1977) ha definido como una investigación “oportunista”², que se desarrolla al amparo (o bajo la guía) de una investigación que tiene otras miras, pero que acaba quedando parcial o totalmente apartada para dar paso a un intenso trabajo de campo, minucioso sobre este primer aspecto, marginal, de la realidad analizada. En todo ese proceso, finamente descrito en el libro, encontramos resonancias del consabido peligro de “devenir nativo”, que en este tipo de estudios adopta diversas formas de “seducción”, y que queda explícitamente recogido en las reflexiones de Wacquant, cuando afirma que, en algún momento, llegó a pensar en abandonar la carrera académica para convertirse en un profesional del boxeo, no necesariamente sobre la lona: “...en la embriaguez de la inmersión llegué a pensar en algún momento en interrumpir mi carrera académica para “hacerme” profesional y seguir así cerca de mis amigos del *gym* y de su entrenador” (Wacquant, 2000/2004, p. 22). La idea de sumergirse, meterse dentro, descender hasta el fondo, nos evoca el relato imaginario (sobre buscadores de perlas) con el que Howard Schwartz y Jerry Jacobs (1979/1984) abren su manual metodológico (con un sintomático subtítulo, lamentablemente perdido en la traducción al castellano...). El nivel de “seducción” experimentado por Wacquant es todavía mayor, como describe en una nota al pie a partir de la cita anterior:

Siento tal placer con sólo estar aquí que la observación se vuelve secundaria y, francamente, me digo que dejaría gustosamente estudios, investigaciones y todo lo demás por poder quedarme aquí boxeando, ser “*one of the boys*”. Sé que es una locura y seguramente ilusorio, pero, en este momento, la perspectiva de marcharme a Harvard, de tener que presentar una comunicación en el ASA, escribir artículos, leer libros, asistir a conferencias y el *tutti frutti* universitario carece de sentido, es deprimente, tan aburrido (y muerto) respecto a la alegría carnal pura y vivaz que me ofrece esta porquería de *gym* (Wacquant, 2000/2004, p. 22, cursivas del original).

² Siguiendo a Riemer, el adjetivo “oportunista” vendría a ser una especie de desarrollo de la serendipidad mertoniana: una “casualidad” que se demuestra fecunda para explotarla y generar, así, una investigación con autonomía propia. Múltiples son los ejemplos de investigaciones en las que el analista ha sido (o es todavía) parte del colectivo estudiado, como en las obras de destacados miembros de la Escuela de Chicago, a caballo entre la Sociología y la Etnografía. En el estudio concreto que nos ocupa, el autor buscaba un “balcón” desde el que observar el funcionamiento del gueto negro en la Norteamérica postindustrial. La inclinación metodológica a una mirada “desde dentro” llevó a Wacquant a elegir el gimnasio como un buen punto de observación de las interacciones cotidianas entre los habitantes del suburbio de Woodlawn, Chicago, 1988-1992.

En España, pocas son las incursiones que se han llevado a cabo sobre Antropología del Deporte, y mucho menos son las que se han centrado, específicamente, en la práctica del mismo³. Es por eso por lo que se recibe con tanto alborozo una obra fresca como la de Wacquant, escrita con una prosa fácil y bendecida por los hados de Malinowski, con la amabilidad de unos informantes que, por lo demás, presentan vidas muy interesantes. “La alianza de estos géneros normalmente separados: sociología, etnografía y novela, intenta que el lector comprenda los aspectos pugilísticos “en lo concreto, tal como son” y que vea a los boxeadores en movimiento” (Wacquant, 2000/2004, p. 25). La referencia a “lo concreto” nos lleva rápidamente a la obra de Lévi-Strauss (tamizado aquí al hablar del aprendizaje inconsciente de la técnica del boxeo, al que después nos dedicaremos con detenimiento), así como, también, a la del maestro Pierre Bourdieu y su “sentido práctico” (1980/1991). Es patente a lo largo del libro que estamos comentando la influencia de Bourdieu, con el que Wacquant mantiene una relación de filiación académica (Bourdieu & Wacquant, 1992/2005; Wacquant, 2005a), como demuestra la propia bibliografía que, más allá de este estudio, ha publicado el autor francés (véanse, especialmente, las referencias incluidas en el apartado bibliográfico de este artículo, en el que se incluye un trabajo publicado en castellano —Wacquant, 2005b— sobre la misma temática pugilística). Metodológicamente, pues, el libro de Wacquant no deja de ser una etnografía tan extensa como intensa (tres años, cien entrevistas en profundidad, miles —2.300, dice el autor— de notas de campo, asistencia a tres entierros y dos bodas...). A partir de esa experiencia, el autor intenta demostrar que se ha alcanzado un conocimiento *puro* (por práctico, por somatizado) del *ethos* pugilístico, una comprensión del universo de la violencia regulada y controlada del “Noble Arte del Boxeo”. Por momentos, el lector sospechará que Wacquant tiene “demasiada suerte”, por poder haber alcanzado una integración tan perfecta, tan límpida, tan armoniosa en un hábitat tan ajeno a sus coordenadas socio-personales⁴. Pero que esto no reste un ápice de interés (ni de mérito, por supuesto) a la obra del bueno de Loïc, que trabajó intensamente sobre la lona y en el resto de escenarios habituales de los boxeadores, para traernos este trabajo, esta aproximación etnográfica a la vida de un boxeador. Cuando suena la campana, parafraseando a James Jones (1962/1999), quien a su vez hace un juego mezclando una cita de Kipling con un viejo refrán norteamericano, es la delgada línea roja la que distingue a los valientes etnógrafos clásicos de los gentiles antropólogos de escritorio y batín, fundidos a su ordenador como el cyborg preconizado en los relatos distópicos de Thea Von Harbou (1926/1977) u Olaf Stapledon (1930/2003).

Aprendemos con las manos: el deporte como arena privilegiada

Sí, sí, hasta ahí, hasta que bajas ahí. Ahí el balón es un problema redondo y hay baches, tienes que pegarla bien, y ponerla bien, y darla bien (...) En el momento en que tú pisas la hierba ya no hay nada. Ya no tienes al psicólogo al lado. Y cuando tú pones mal el pie el psicólogo no la para si se te va (Finkel, Parra & Baer, 2008, p. 143).

En esta cita, extraída de una entrevista realizada a un ex futbolista profesional⁵, se puede apreciar la opinión con respecto a la supuestamente inexorable racionalización del deporte, algo que también

³ Podríamos citar, si acaso, los escarceos académicos (más que al revés) de Javier Eloy Martínez Guirao (2004) o el trabajo como observador-participante de Carles Feixa (2003), incluido en un libro con el prometedor título de *Culturas en juego: ensayos de antropología del deporte*, editado por Xavier Medina y Ricardo Sánchez. En el ámbito anglosajón, cabría destacar, fundamentalmente, el clásico trabajo de Ned Polsky (1967) sobre las salas de billar, por más que la propia tradición anglosajona se ha mostrado tradicionalmente más proclive a “implicarse” en el campo de estudio (“dar la cara”, como dirá Wacquant).

⁴ Wacquant atribuye ese feliz desenlace (que viene de un también feliz aterrizaje en la propia sala de entrenamientos) a una serie de factores: la habilidad deportiva (capital) que traía Wacquant de su Francia natal, el “daltonismo racial” propio del universo boxístico, la propia nacionalidad francesa, que le diferenciaría de los blancos chicagüenses, desvinculándolo (o aun oponiéndolo) a los prejuicios de estos...

aborda Wacquant, para quien se torna absolutamente imprescindible una inmersión profunda en el campo. “Inmersión” que permita ir más allá de lo superficial, trabajando en una doble dirección: de un lado, sensualizar la investigación; de otro, humanizar a los individuos, ahora “sujetos” actores del estudio (la “humanización” de los “informantes” aparece al tiempo como compromiso ético y como poderosa fuente de información en la metodología cualitativa, tal y como defienden, en un libro programático ya clásico, Steven J. Taylor y Robert Bogdan, 1984/2000). El *campo*. Punto de encuentro, *arena* de juego en la que confluyen individuos, cuerpos (tiempos y espacios, significativa, culturalmente cargados), intereses y valores, informantes y etnógrafos. El campo. Para algunos de los escasos sociólogos que se han adentrado en el estudio del fenómeno social del deporte⁶, éste no deja de ser un sustituto moderno (y relativamente incruento) de la guerra (y en esa línea iría el tratamiento que se le da en los propios medios, como ha señalado Germán Labrador, 2007). Esta es, de algún modo, la visión de Norbert Elias (1939/1989), entre otros, cuando señala que el proceso de civilización no deja de ser (en una glosa libre de sus ideas) un progresivo “ocultamiento” de las raíces violentas de la construcción de todo lo social⁷ (idea que ya expresase el propio Herbert George Wells —1936/1990—, visionario genial del devenir del siglo XX) bajo formas, pues eso, más “civilizadas”, vale decir, más socialmente aceptables, menos abyectas al ojo progresivamente entrenado, socializado, en eso que se ha dado en llamar “la deseabilidad social”. Seguramente será Michel Foucault uno de los autores modernos que más interés ha puesto en el cuerpo humano como sujeto y objeto de poder, agente y blanco de los más diversos ejercicios de control, dominación y sumisión a los que se ha entregado la humanidad en los últimos siglos. Su obra más célebre, *Vigilar y castigar* (1975/1992), comienza, y no es casual, con la narración de una ejecución, vívida en los detalles más truculentos. Franz Kafka (1917/1983) planteaba como última leyenda que diese cuenta de Prometeo la versión del “cansancio”. Precisamente eso explicaría el progresivo fin de ese tipo de exhibiciones públicas del castigo (que no del castigo mismo) en las sociedades modernas: el cansancio, pero no la compasión. El cuerpo doliente (o el dolor inserto en un cuerpo) se habría ido, progresivamente, deslindando de la arena de lo observable, precisamente ahora que aparentemente el cuerpo (*problemático*, hecho cuestión) más visibilidad tiene. A partir de aquí podríamos enlazar con el manual, sobre antropología cognitiva y simbólica, del profesor Velasco (2007), especialmente con el capítulo segundo, dedicado a “la emergencia del cuerpo como tema”. Ahí, antes de las matizaciones de Emily Martin (1992), Velasco destaca la actual omnipresencia del cuerpo humano, en todos los ámbitos de la cotidianeidad: “ha ido dejando de ser contemplación privada, objeto de percepción casi furtiva en la intimidad, para pasar a ser foco de atención pública si no motivo de exhibición y de espectáculo” (Velasco, 2007, p. 49).

Cuerpos (códigos) de honor: lo que queda en... Tiempo y/de sacrificio

La visibilidad, en el boxeo, el escenario (Goffman, 1959/1971⁸) sobre el que actúan los púgiles, está delimitado y recibe su nombre de una figura geométrica: el cuadrilátero. En él, dos figuras se enfrentan,

⁵ En el marco de un proyecto de investigación financiado por la Fundación Real Madrid, bajo la dirección de la profesora Lucila Finkel. El estudio, finalmente, no vio la luz, permaneciendo (por desgracia) la mayor parte del material transcrito como inédito. Rescato esta cita, publicada en un manual de técnicas cualitativas de investigación, por más que la charla con este antiguo profesional del fútbol era mucho más profunda y larga, por momentos incluso contradictoria, como puede verse en el análisis que la propia Finkel, junto a Baer y Parra, lleva a cabo en el capítulo citado.

⁶ Pueden analizarse los aspectos “macro” del deporte y su interconexión con el resto de sistemas sociales en la obra clásica de Günter Lüschen y Kurt Weis (1976/1979), por ejemplo. En España, son referencia obligada las obras de David Moscoso (2006) y de Manuel García Ferrando (1990).

⁷ Cabe llamar aquí la atención sobre un desarrollo, más específicamente “deportivo”, en un libro que firma en coautoría con Eric Dunning (Elias & Dunning, 1986/1992).

mientras el público, situado en una ubicación inferior en altura a aquéllos, observa la escena. Wacquant, como todo buen etnógrafo que se precie de serlo, trabaja intensamente las “bambalinas”, siguiendo con la metáfora dramatúrgica, tan aprovechable aquí, desarrollada a partir de la obra goffmaniana. No obstante, su libro incluye una narración muy detallada de dos combates: el de un compañero de gimnasio y el suyo propio durante su participación en un relativamente prestigioso torneo local. Con todo, podemos afirmar que nuestro autor apenas trabaja sobre el combate en sí mismo, centrando su atención en todo el trabajo de preparación, precisamente la parte menos visible para el observador ajeno. No obstante, cabe hacer una breve referencia al carácter comercial (tema que quizás delimite la frontera entre una aproximación sociológica y otra antropológica al ámbito deportivo) y de espectáculo (más o menos masivo) del boxeo, vinculado, así, al papel de “performer” o “entertainer” del boxeador, artista del ring. De este modo, el púgil actuaría como agente activo en una especie de “danza”, cuya valoración (y cuya propia calidad) puede variar en función de múltiples factores, muchas veces ajenos a él mismo (y aquí asoma un indicio del desprecio que mostrarían determinados boxeadores por los espectadores poco socializados en el ring —que casa perfectamente con la propia defensa de Wacquant sobre la necesidad de un conocimiento práctico para llegar a comprender el universo pugilístico—, así como la ambivalencia con la que se observa a determinados compañeros boxeadores, por resultar demasiado “payasos”, pese a la norma tácita que habla del respeto que se le debe a cualquier persona que se enfunde unos guantes...).

Wacquant es crítico con aquellas personas que juzgan (o aun asisten) a veladas de boxeo sin entender *lo que allí está sucediendo* (siguiendo otro *dictum*, en este caso el de Harvey Sacks y toda la corriente etnometodológica, que conectaría con el desdén descrito por Howard Becker —1963/1971— respecto a los músicos de jazz en relación a determinadas audiencias⁹). Desde fuera, dirá, parece que estamos ante un espectáculo bárbaro, una sucesión de golpes, un desaforado intercambio de violencias gratuitas. No hace falta ser el ínclito Clifford Geertz para descubrir que, bajo el sonido de los puños (vendados) impactando sobre mandíbulas (protegidas de manera invisible), hay un elaborado sistema de reglas y normas, formales e informales, que rigen, de modo ritual, todo lo que rodea a un combate del sintomáticamente denominado “Noble Arte”. Wacquant no se detiene en la descripción y análisis antropológico más caro a este tipo de situaciones, que partiría de Van Gennep para llevar a cabo una revisión de las distintas fases de un combate (o, mejor, del proceso que toma al combate como un momento más dentro de un recorrido más amplio), sino que va a enfatizar los elementos más puramente sensuales del mismo (por más que destaque la imposibilidad de llevar a cabo tal ejercicio, de transmitir con palabras el ambiente de “embriaguez sensorial” —Wacquant, 2000/2004, p. 76— que se vive en el *gym*): la música que suena en la presentación de los púgiles, el tono de voz empleado por el speaker, el sudor que gotea en el calentamiento y que sale despedido con cada impacto, el olor del vestuario del vencedor, el hipnótico *shadow* previo al combate, o el trabajo del *cutter* sobre las heridas después de cada asalto. Intenta, así, hacer partícipe al lector de lo que constituye la tesis fundamental de su libro: el automatismo con el que el individuo se involucra en el combate, cuyo resultado está, en buena medida, determinado por el trabajo previo (fiel seguidor del aforismo atribuido al recientemente fallecido Vidal Sassoon, que aparece bajo otro formato, mucho más crudo, en el propio libro de Wacquant: “si quieres la

⁸ La obra de este autor, tan fecundo como pionero en un enfoque posteriormente muy utilizado para el análisis de las interacciones sociales cotidianas, podría tener otro punto de conexión con nuestro trabajo actual, si lleváramos a cabo una aproximación más profunda sobre la consideración de los propios cuerpos construidos (la “gestión” de la imagen se trabaja especialmente en su obra *Estigma*, 1967/1970) o sobre los centros en los que este “moldeado” se ejecuta (para lo cual sería de interés, sin duda, *Internados*, 1961/1973).

⁹ Apreciemos, por ejemplo, la siguiente cita: “Se concibe al músico [por los mismos músicos] como a un artista que posee un don artístico misterioso que lo diferencia del resto de las personas, y que, al poseer este don, debiera estar libre del control de los extraños que carecen del mismo” (Becker, 1963/1971, p. 84). A partir de esa idea, Becker se lanzará a un análisis de la desviación social (objeto último de su libro), que podría aportarnos, igualmente, interesantes reflexiones para ulteriores análisis de la vida de los boxeadores, durante su carrera y, quizás especialmente, después de “colgar los guantes”.

gloria, tienes que soportar la agonía”, 2000/2004, p. 148), por el desarrollo de un cuerpo más apto para el combate, mejor moldeado, más “dócil” en términos foucaultianos, menos proclive a la *distracción* (siguiendo a Jesse Glenn Gray, 1959/2004¹⁰), mejor entrenado, mejor “formado” (noción que, como el propio Foucault se apresuraría a argüir, se emplea continuamente en el ámbito educativo, nada inocente, nada casual).

Y en ese proceso de formación, una palabra que aparece con asiduidad casi obsesiva en el libro de Wacquant es “disciplina” (amén de *sacrificio*, a la que nos referiremos después). En la disciplina está la clave del éxito. Disciplina férrea, por lo demás, como queda referido al poco de comenzar su libro, cuyo propio éxito también parece deudor de esa disciplina severa recibida durante los meses que duró el trabajo de campo en el gimnasio de DeeDee, en Woodlawn, Chicago. Con estas palabras lo expone nuestro autor:

El azar de la geografía quiso igualmente que me inscribiera en un *gym* “tradicionalista”, dirigido con mano de hierro por un entrenador de categoría internacional (...) Es probable que no hubiera persistido en mi empresa o, aún peor, que me hubiera perjudicado gravemente si hubiera hecho mi aprendizaje en un gimnasio anómico bajo la dirección del servicio de parques y jardines del ayuntamiento (Wacquant, 2000/2004, p. 26, cursivas del original).

No deja de ser destacable el recurso metonímico que adopta Wacquant en muchos puntos de su obra al referirse a los sujetos con los que interacciona. Así, en la descripción que hace del director del gimnasio, habla de “mano de hierro”. Esto, glosar en una parte del cuerpo, o en un rasgo del carácter combativo de un púgil determinado todo el sustento de su identidad, es, por lo demás, una práctica habitual en este deporte, como se constata en la forma de apodarse los boxeadores. La divisibilidad del cuerpo del boxeador, y la diferente valoración de cada parte, por lo demás, puede hallarse presente en distintos puntos del libro de Wacquant. Dos son los fragmentos corporales que reciben la máxima atención: la cara y las manos (las dos partes más expuestas a daños severos, las dos partes, también, desde las que se pone en marcha, se emite, toda la actividad combativa del boxeador). Sobre estas partes del cuerpo será sobre las que actúe, prioritariamente, todo el proceso de construcción técnica del boxeador (“...la técnica se dirige principalmente a la intensificación, puesta a punto y activación de los órganos y elementos que intervienen en la acción, sin descuidar el cuidado y mantenimiento del cuerpo en general”, Velasco, 2007, p. 158). En este contexto de marginalidad del suburbio, del gueto, el boxeo aparece como una solución funcional (aprender a defenderse en la calle), pero, también, como un espacio santuarial, un islote de virtud entre las mareas de violencia cotidianas:

Ante todo, el *gym* aísla de la calle y desempeña la función de escudo contra la inseguridad del gueto y las presiones de la vida cotidiana. A modo de santuario, ofrece un espacio protegido, cerrado, reservado, donde uno puede sustraerse a las miserias de una existencia vulgar y a la mala fortuna que la cultura y la economía de la calle reservan a los jóvenes nacidos y encerrados en el espacio vergonzoso y abandonado de todos que es el gueto negro” (Wacquant, 2000/2004, p. 30, cursivas del original) ¹¹.

¹⁰ En su libro *Guerreros: reflexiones del hombre en la batalla*, el filósofo J. Glenn Gray reflexiona (igualmente, desde dentro, a partir de su participación en la Segunda Guerra Mundial) sobre los rasgos de personalidad que más “convienen” a un buen soldado, pensando tanto en el momento de la conflagración como, sobre todo, en la vuelta a casa. Las distintas imágenes del enemigo posibles en la mente del soldado podrían hacerse corresponder con distintas formas de entender la propia actividad boxística, por más que, en ésta, a partir de Wacquant, prevalece la camaradería antagónica, la consideración del hombre como medida del hombre, la valoración de la calidad propia a partir de la calidad de aquellos a los que uno se enfrenta.

¹¹ Un análisis en términos de espacio también podría ser objeto de análisis más detallado, pero ahora lo obliteraremos, dejándolo, si acaso, como fondo, contexto, marco (*frame*, por seguir con Goffman) sobre el que se recortan los cuerpos de los boxeadores.

En ese entorno claustrofílico (la sala de entrenamientos como ambiente monacal), en ese espacio de sociabilidad protegida, caracterizado por el hermetismo y por los estrictos códigos de conducta, es en el que se moldea a los boxeadores, donde estos *became* profesionales, renunciando a todo lo demás. Volveremos con ello a continuación, pero traspasemos, con Wacquant, el umbral de entrada del *gym* para conocer a los “ermitaños del ring” (Wacquant, 2000/2004, p. 144) en su *hábitat*. Y aquí *traspasar* es despojarse, dejar atrás una personalidad ajena al ambiente pugilístico, para moldear una nueva, para entrar en un universo distinto, que exige la aceptación de sus normas y su caro peaje: “[la aceptación de un] código tácito según el cual los miembros del club deben dejar en la puerta todos los problemas y obligaciones que tienen en el trabajo, la familia y el corazón” (Wacquant, 2000/2004, p. 49).

Como en otros deportes, los boxeadores no suelen proceder de los sustratos más bajos de la sociedad, toda vez que, para una práctica normalizada de este deporte, se exige una mínima estabilidad laboral que permita compatibilizar horarios y destinar parte del tiempo y del dinero a esta actividad¹². Igualmente, son convenientes una serie de principios y valores que los estratos más bajos de la sociedad, en términos del clásico Thorstein Veblen (1899/2004), no parecen presentar (disciplina, dedicación, esfuerzo... tiempo). Así lo atestigua el propio Wacquant: “los boxeadores no se suelen reclutar entre las capas más desheredadas del subproletariado del gueto, sino más bien en el seno de la franja de la clase obrera situada en el límite de la integración socioeconómica estable” (Wacquant, 2000/2004, p. 53). Juega Wacquant con la explicación unifactorial de la relación entre dos dicotomías: heterodoxia/ortodoxia (respecto a la práctica pugilística, y “ortodoxia” se asemeja sospechosamente a lo que podríamos definir como “racionalización”) y estabilidad/inestabilidad (respecto a la práctica laboral, y, aquí, “inestabilidad” se asemeja demasiado a una condición endémica del sistema económico vigente), con eventuales ramificaciones por otros ámbitos de la vida (familiar, sentimental, incluso psicológico, etc.). Así explicaría las diferencias en la forma de “entender” el boxeo entre Curtis (el fregasuelos que “carece de disciplina personal y no se impone la higiene de vida que exige su carrera”, Wacquant, 2000/2004, p. 124) y Butch (el bombero que es “admirado por la disciplina impacable que se impone tanto en los entrenamientos como fuera del *gym*”, Wacquant, 2000/2004, p. 126). Para Wacquant la cuestión es clara:

Este contraste de personalidades está estrechamente relacionado y reforzado por la diferencia de condición social entre los dos compañeros de club: uno es proletario, miembro de la aristocracia obrera, con un trabajo e ingresos fijos; el otro es del subproletariado, sin seguridad social ni económica, sometido a los ciclos de empleo en trabajos no cualificados (Wacquant, 2000/2004, p. 123).

De ahí se derivaría, *lógicamente*, un comportamiento distinto sobre el ring. Hablando de Butch:

Entre las cuatro cuerdas es el arquetipo del ahorrador: cada golpe se cuenta, cada esquivo se planifica, cada desplazamiento está ajustado al milímetro de forma que el gasto de energía sea mínimo y el de su adversario máximo. ¿Es la racionalización objetiva de la existencia que le impone su trabajo de bombero la que sostiene este estilo pugilístico o, a la inversa, una predisposición general a la economía y a la eficacia frugal la que le ha empujado al mismo tiempo a este trabajo manual estable y al ring? (Wacquant, 2000/2004, pp. 126-127).

¹² Por ejemplo, Wacquant reproduce una nota de campo muy reveladora sobre este particular, al observar a un rival en la sala de pesaje: “Me digo de pronto: “¡Mierda, este tío sabe boxear! ¡Las botas, las botas! Cuestan por lo menos 60 dólares y no las tendría si no boxeara de verdad. ¡*Shit*, me va a matar!” (Wacquant, 2000/2004, p. 235). Como en las películas con final feliz, finalmente el trabajo concienzudo y regido a los cánones de la tradición que ha llevado a cabo Wacquant le permiten una ajustada victoria a los puntos sobre el boxeador de las botas caras (decididamente, Wacquant parece tener demasiada suerte en todo lo que hace).

No en vano se defiende en el libro una analogía entre el boxeo y la fábrica, y se juega con la duplicidad de concebir a los propios boxeadores ora como obreros, ora como obras de esa producción, de ese moldeamiento, de ese trabajo minucioso por perfeccionar, silenciosamente, cada gesto, cada mínimo detalle (Foucault hablaba de la aritmética del detalle como rasgo característico de la modernidad, entroncándolo con la propia tradición cristiana, más adelante se hablará de la felicidad en las pequeñas cosas, o de la gran diferencia que marcan los pequeños detalles, cliché también de rigor en tertulias televisivas para explicar éxitos y fracasos deportivos en competiciones igualadas). Existe toda una hagiografía de lo cotidiano en el universo pugilístico que valora y refuerza ese trabajo *invisible* y minucioso por el detalle.

DeeDee y los más antiguos demuestran un conocimiento enciclopédico de los nombres, lugares y acontecimientos sobresalientes del folclore pugilístico. Los combates que hicieron historia, sobre todo la regional, se evocan con frecuencia, así como los éxitos y desengaños de los boxeadores en ascenso o en declive” (Wacquant, 2000/2004, p. 50).

Otro elemento sobre el que Wacquant llama nuestra atención es la ritualización de las conversaciones en el gimnasio, medio de transmisión de valores, cultura, en línea con los postulados de Iván Illich sobre la educación y la escuela:

No hay que subestimar la importancia de estas conversaciones de apariencia anodina, puesto que constituyen un ingrediente fundamental del “*programa oculto*” del gimnasio: transmiten de forma oral y *osmótica* a los aprendices de boxeador la sabiduría vernácula de la profesión. Bajo la forma de narraciones más o menos apócrifas, de comadreos, batallitas y leyendas urbanas, destilan los valores y las categorías lógicas del universo pugilístico (Wacquant, 2000/2004, p. 51, cursivas propias).

Conectando ambas, tendríamos toda una tradición oral que fomenta tanto la renuncia con respecto a las *distr-acciones* como refuerza la idea de que el éxito (y su correlativo inverso: el fracaso) se deben a una falta de cuidado con los pequeños detalles: “La tradición oral del oficio se enorgullece de aquellos boxeadores, famosos o desconocidos, que sacrifican su vida personal por el ring y, según se cuenta, obtienen la merecida recompensa por su dedicación” (Wacquant, 2000/2004, p. 144), es decir:

Los propios boxeadores suelen atribuir la caída repentina de uno de los suyos a la falta de disciplina e higiene corporal que todo púgil debe imponerse fuera del ring. Toda infracción del ascetismo mundano que define el régimen espartano del boxeador ideal se interpreta rápidamente como la causa directa de sus fallos en el ring (Wacquant, 2000/2004, p. 135).

Con Foucault, podríamos decir:

Una observación minuciosa del detalle, y a la vez una consideración política de estas pequeñas cosas, para el control y la utilización de los hombres, se abren paso a través de la época clásica, llevando consigo todo un conjunto de técnicas, todo un corpus de procedimientos y de saber, de descripciones, de recetas y de datos. Y de estas fruslerías, sin duda, ha nacido el hombre del humanismo moderno (Foucault, 1975/1992, p. 145).

La microfísica del poder, la disciplina como “anatomía política del detalle”, la incontestable fuerza del “automatismo de los hábitos”. En el proceso de convertirse en boxeador, cobra importancia, de forma decisiva, un elemento sobre todos los demás: el tiempo (la dedicación: el tiempo).

El tiempo, vinculado a (medido en términos de) paciencia, se presenta como clave para alcanzar el éxito en el boxeo, deporte que, en el momento en el que se escribe el libro que estamos comentando, todavía no se encontraría tan racionalizado (Ritzer, Elias, Weber) como otros (Conrad Phillip Kottak, 1979/1997, había explicado el éxito del fútbol americano entre los estadounidenses a partir de esa posibilidad fragmentadora, tan cara al racionalismo que sustentaría aquel sistema social). Tiempo que debe ser sabiamente administrado. En esa tarea, no parece casual la descripción del entrenador como un anciano sabio y venerable, que ha visto (que ha pasado mucho tiempo viendo) miles de combates, entrenando su ojo para descifrar y entender el boxeo y sus infinitas situaciones (el “modelado visual” es una constante en el entrenamiento de multitud de deportes, tanto en aspectos puramente “activos”, de movimientos y ejercicios, como en aspectos tácticos o de comprensión —e interiorización— de normas y estrategias de juego). Ya hablamos con anterioridad de la incorporación del aprendizaje, inconsciente, automático (“un sentido de la protección corporal adquirido *sin darse cuenta* por el contacto con otros atletas y con entrenadores, en los entrenamientos y combates, y que es inaccesible al control consciente y deliberado”, Wacquant, 2000/2004, p. 120, cursivas del original). Un conocimiento en el que el boxeador se “socializa”, hasta llegar a “somatizarlo”. En términos de Velasco, podríamos hablar de que:

Adiestramiento no es sólo aprendizaje, es también sociedad y moralidad, implica instalación por prestigio, por autoridad, por imposición, por lo que las técnicas no son naturales (aunque no dejan de ser biológicas ni psicológicas). Finalidad y rendimiento son aspectos físicos, mecánicos, pero están acompañados de la educación y la sociedad en la que se integra el individuo (2007, p. 138).

Los cuerpos se construyen socialmente, mediante la incorporación de habitus... No es necesario decir aquí que Foucault ha puesto el acento en cómo estas prácticas (el cronómetro como símbolo de la modernidad, más allá de la fábrica fordiana) se han extendido por multitud de ámbitos de la vida social, del hospital a la escuela, del ejército a la oficina o a la academia... Bajo la tutela de ese preceptor, el boxeador, masa informe (académico enclenque en el caso de Loïc Wacquant), se puede llegar a convertir en una perfecta unidad de combate, una “máquina de agresión humana” (Wacquant, 2000/2004, p. 142). El cuerpo (el “capital cultural”, como reconocimiento del legado de Bourdieu) como algo que debe ser administrado, como instrumento y arma de trabajo¹³, como emisor y receptor de los golpes¹⁴. Algo que se debe cuidar, dosificar, no desgastar innecesariamente (en el libro aparece, con toda su crudeza, la obsesiva preocupación por el peso, por la medición de las kilocalorías, por el auto-control de los detalles...¹⁵). Algo, en definitiva, que debe sacrificarse en aras de alcanzar la gloria (no sólo la deportiva). Para ello, se hace necesario un severo ascetismo (Wacquant recuerda en este punto la etimología del término, a partir de *askein*, “trabajar”), como ética de vida, como “compromiso total y avasallador” (Wacquant, 2000/2004, p. 144), que deja inscrito sobre el cuerpo la señal visible del

¹³ Se aprecia aquí también la influencia de Marcel Mauss, quien había dicho que “El cuerpo es el primer instrumento del hombre y el más natural, el objeto y medio técnico más normal del hombre” (Mauss, 1935/1999, p. 342. Citado en Velasco, 2007, p. 137).

¹⁴ “Administración”, necesidad de gestionar el capital del que se dispone. “Usar el cuerpo sin desgastarlo” (Wacquant, 2000/2004, p. 122), evitando el exceso de combates, que desgastaría, erosionaría el cuerpo del boxeador, hasta dejarlo “hecho migas”, hasta convertirlo en “carne muerta” (Wacquant, 2000/2004, p. 131), categoría que muestra el camino de salida del mundo del boxeo profesional.

¹⁵ Básicamente, son tres las esferas sobre las que establece el control: la nutrición (lo que entra en el cuerpo), la vida social (con una marcada tendencia a abstenerse de la sociabilidad), y el “comercio sexual” (lo que sale del cuerpo). Comer, reír, amar... todo lo que debilita, suaviza... ¿humaniza?

nivel de implicación del boxeador con su *oficio*¹⁶. Este sacrificio aparece como medio y fin al mismo tiempo, al tiempo que opera tanto como dispositivo de discriminación como mecanismo de *solidaridad* intragrupal¹⁷. Así, la negación, la renuncia a los placeres de la vida, lleva al púgil a un camino de afirmación de sí mismo y, en última instancia, a las cotas de gloria, medidas a partir de la superación de las propias limitaciones físicas. Lo cual concuerda con lo expresado, nuevamente, por el propio Velasco cuando, refiriéndose a la gimnasia, afirma que ésta genera una “cultura total”, más allá del mero cultivo del cuerpo. Una cultura:

Que se vive como un mundo diferenciado, que tiene sus propios lugares apropiados, que se concibe como un efecto “descontaminante” o de recuperación y recarga de nuevas energías frente al gasto, el deterioro o la presión que se generan o adquieren en la vida laboral y social. Y dotada de una ética del esfuerzo, el sacrificio, la disciplina, el autocontrol, etc., virtudes que refuerzan al individuo (Velasco, 2007, p. 162).

Ya refiriéndose a los “caminos de purificación”, el mismo libro de Velasco afirma respecto al proceso ascético:

El alma, esa parte espiritual del ser humano, parece encontrar cierta liberación de las ataduras del cuerpo cuando los creyentes se dan a las prácticas ascéticas que se entienden necesarias para retener sus impulsos ciegos, domeñar las pasiones, anular los vicios, etc. Las religiones que plantean a los creyentes un camino de perfección tienen como etapa previa, el ascetismo, etapa de privaciones y sufrimientos, para que así el alma consiga la ansiada participación de la divinidad (Velasco, 2007, pp. 198-199).

Camino de perfección, de progresivo perfeccionamiento, de afinar detalles, poco a poco, segundo a segundo, gesto a gesto. Wacquant lo sintetiza así:

El que desea ardientemente ingresar y ascender en el universo pugilístico debe esforzarse para expatriarse del mundo, desentenderse de sus juegos y volverse indiferente a sus tentaciones (...) Porque, como escribió Émile Durkheim en su celebrado análisis *Las formas elementales de la vida religiosa*: “Después de someterse a las prohibiciones prescritas, el hombre no es el mismo que era. Antes, era un ser ordinario... Después, se ha acercado a lo sagrado por el mero hecho de distanciarse de lo profano. Se ha purificado y santificado precisamente por separarse de las cosas bajas y triviales que antes gravaban su naturaleza” (Wacquant, 2000/2004, p. 149).

No en vano, el título original del libro de Wacquant es *Corps et âme*, como evidencia de una dicotomía ilusoria, de una separación fútil, que su obra trata de erradicar.

¹⁶ “Aunque el mensaje explícito sea que deben imponerse constricciones al cuerpo o que pueden superarse sus limitaciones, el ascetismo es una de las maneras culturales de tomar en consideración su constante presencia, de darle visibilidad (...) El cuerpo del asceta es su imagen. Su vida da figura a su cuerpo. Queda marcada en todos los casos una sólida y profunda relación entre disciplina del cuerpo y renuncia del mundo” (Velasco, 2007, pp. 199-200).

¹⁷ “Sacrificio significa al mismo tiempo medio y fin, obligación vital y misión orgullosa, exigencia práctica y obsesión etológica. Sacrificio es, por una parte, dispositivo de discriminación —separa inexorablemente el trigo pugilístico de la paja— y, por otra, instrumento de conjunción, reúne en una gran hermandad de caballeros a todos aquellos que se someten a él. Y otorga a todos aquellos que se adhieren a sus dictados el honor específico del oficio” (Wacquant, 2000/2004, p. 140).

Referencias

- Becker, Howard Saul (1963/1971). *Los extraños: sociología de la desviación*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Bourdieu, Pierre (1980/1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre & Wacquant, Loïc (1992/2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Connerton, Paul (1989). *How societies remember*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Douglas, Mary (1970/1978). *Símbolos naturales*. Madrid: Alianza.
- Elias, Norbert (1939/1989). *El proceso de civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: FCE.
- Elias, Norbert & Dunning, Eric (1986/1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México: FCE.
- Feixa, Carles (2003). Un antropólogo en el fútbol. En Xavier Medina & Ricardo Sánchez (Eds.), *Culturas en juego: ensayos de antropología del deporte* (pp. 73-102). Barcelona: Icaria.
- Finkel, Lucila; Parra, Pilar; y Baer, Alejandro (2008). La entrevista abierta en investigación social: trayectorias profesionales de ex deportistas de élite. En Araceli Serrano & Ángel Juan Gordo (Coords.), *Estrategias y técnicas cualitativas de investigación social* (pp. 127-154). Madrid: Pearson.
- Foucault, Michel (1975/1992). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI de España.
- García Ferrando, Manuel (1990). *Aspectos sociales del deporte: una reflexión sociológica*. Madrid: Alianza Editorial.
- Goffman, Erving (1967/1970). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, Erving (1959/1971). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, Erving (1961/1973). *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gray, Jesse Glenn (1959/2004). *Guerreros: reflexiones del hombre en la batalla*. Barcelona: Inédita.
- Jones, James (1962/1999). *La delgada línea roja*. Barcelona: Ediciones B.
- Joks, Solveig (2001/2006). *Las mujeres samis del reno*. Madrid: Editorial universitaria Ramón Areces.
- Kafka, Franz (1917/1983). *La muralla china. Cuentos, relatos y otros escritos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Kottak, Conrad Phillip (1979/1997). *Antropología cultural: espejo para la humanidad* (1ª ed.). Madrid: McGraw-Hill.
- Labrador, Germán (2007). Cuando ataca Ronaldo, ataca una manada: el discurso del fútbol en los media actuales como discurso épico (estructuras, formas y funciones comparadas). *Culturas populares*, 4, Extraído el 15 de julio de 2012, de <http://www.culturaspopulares.org/textos4/articulos/labrador.pdf>
- Lüschen, Günter & Weis, Kurt (Eds.) (1976/1979). *Sociología del deporte*. Valladolid: Miñón.
- Martin, Emily (1992). The end of the body? *American Ethnologist*, 19(1), 121-140. <http://dx.doi.org/10.1525/ae.1992.19.1.02a00070>
- Martínez, Javier Eloy (2004). Un antropólogo en el tatami. En Anastasia Téllez (Coord.), *Experiencias etnográficas* (pp. 311-330). Alicante: Editorial Club Universitario.
- Moscoso, David (2006). La Sociología del Deporte en España: estado de la cuestión. *Revista Internacional de Sociología*, 64(44), 177-204. <http://dx.doi.org/10.3989/ris.2006.i44.33>
- Polsky, Ned (1967). *Hustlers, beats and others*. Chicago: Aldine.
- Riemer, Jeffrey (1977). Varieties of opportunistic research. *Urban Life*, 5(4), 467-477. <http://dx.doi.org/10.1177/089124167700500405>

- Ritzer, George (1993/1996). *La mcdonalización de la sociedad: un análisis de la racionalización en la vida cotidiana*. Barcelona: Ariel.
- Scheper-Hughes, Nancy & Lock, Margaret (1987). The mindful body: a prolegomenon to future work in medical Anthropology. *Medical Anthropology Quarterly*, 1, 6-41.
<http://dx.doi.org/10.1525/maq.1987.1.1.02a00020>
- Schwartz, Howard & Jacobs, Jerry (1979/1984). *Sociología cualitativa: método para la reconstrucción de la realidad*. México: Trillas.
- Stapledon, Olaf (1930/2003). *La primera y la última humanidad*. Barcelona: Minotauro.
- Taylor, Steven J. & Bogdan, Robert (1984/2000). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación: la búsqueda de significados*. Barcelona: Paidós.
- Urraco, Mariano (2009). Todos naranjas. Notas desde una banda sin césped: de integración, identidades, (des)uniones y etnografía del fútbol más modesto. Estudio de caso con inmigrantes al fondo: el "Inter" de Guadalajara. En Anna Vilanova, Joaquina Castillo, Antonio Fraile, Manuel González, Jesús Martínez Del Castillo, Núria Puig (et al.) (Comps.), *Deporte, salud y medioambiente: para una sociedad sostenible* (pp. 177-186). Madrid: Librerías Deportivas Esteban Sanz.
- Veblen, Thorstein (1899/2004). *Teoría de la clase ociosa*. Madrid: Alianza.
- Velasco, Honorio (2007). *Cuerpo y espacio: símbolos y metáforas, representación y expresividad de las culturas*. Madrid: Editorial universitaria Ramón Areces.
- Von Harbou, Thea (1926/1977). *Metrópolis*. Barcelona: Martínez Roca.
- Wacquant, Loïc (2000/2004). *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Madrid: Alianza.
- Wacquant, Loïc (Coord.) (2005a). *El misterio del ministerio: Pierre Bourdieu y la política democrática*. Barcelona: Gedisa.
- Wacquant, Loïc (2005b). Protección, disciplina y honor: una sala de boxeo en el gueto americano. En Francisco Ferrándiz & Carles Feixa (Eds.), *Jóvenes sin tregua: culturas y políticas de la violencia* (pp. 113-128). Barcelona: Anthropos.
- Wells, Herbert George (1936/1990). *El jugador de croquet: una meditación sobre el miedo*. Madrid: Valdemar.
- Wright Mills, Charles (1959/1999). *La imaginación sociológica*. México: FCE.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/).

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

Reconocimiento: Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar, o generar una obra derivada a partir de esta obra.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)